

# Carta a Chan Li Pó

---

*Ramón Fernández Larrea*

DEDUCTIVO CHAN LI PÓ:

Me puse a buscar mentalmente a un tipo sagaz y, ya casi al borde del derrame cerebral, apareciste tú, con tu santa paciencia. Tal vez las dudas que me asaltaban, rugían en mi mente con el fervor de un huevo frito. Y como eran dudas inextricables y olían a sarabanda y cámara húngara, me aferré a la idea de un detective. ¿Detective? Detectivé que así era y en la bruma dorada de los misterios, solo vino a mi memoria aquel *Misterio del cuarto amarillo*, de Ellery Queen. De manera que ya el huevo frito de mi asociación ilícita estaba servido: Detective, misterio, cuarto amarillo, cámara húngara, paciencia. Estaba cantado: necesitaba a un investigador chino. *Good save the queen*. De *queen* a Chan solo hay un paso.

Ahora todo es un misterio. Todo se ha vuelto un revoltillo. Todo amarillo, hepático. Porque el chino que teníamos atrás se puso delante, mira tú. La ideología del *chop suey* está a la viva. Lo que antes era, ya no es. O lo que no fue, comienza a ser. Empieza a desdibujarse de nuestro horizonte nacional la amable figura del chino frutero o de fonda, sin Jane, y nace lentamente en el futuro de la nación otro tipo de chino, un chinoceronte bramudo que abre la era de los chinosaurios. De no comer casi nada, empezaremos a comer con palitos. Es un arroz con mango.

Mira qué cosas, tú, he dicho las palabras mágicas: arroz con mango, que no es el mango de la sartén para saltar el arroz. El arroz nos asaltará incluso sin sartén. El mango está bajito. Mango viene de mangar, que no de baraguar porque la protesta sobra. Mango mangüé, arroz con manteca. Mango: mango-neo. Desde niño escuché eso de «¿mangui palito chino?». ¿Era esto por fin? Ahí tienes una pista.

Pero vamos a ponernos serios, que en ruso se diría seriozhas. Pero como tú eres narra, nada de seriozhas en el bulbén. Quiero que me averigües, con paciencia mucha paciencia, ¿dónde se metió el tigre de papel? Porque de que hubo un tigre y de papel, juégatela al Canelo. Ven que le voy a mi gallo peleon. Un tigre nada triste, nada tres, sino uno unánime. Hasta donde alcanza mi muy confundida memoria, el Gran Zoquete Nacional habló una vez de esta variante del felino. Fue cuando el chino chocho ordenó a sus huestes desgorrionar el cielo color té. Y por acá hubo su intento pálido de papel copia

con lo de sembrar café caturra hasta en la tartarita de la natilla. Por ahí andaba la cosa. Es otra pista. El chino chocho y *este muchacho* eran amigüitos, parientes por parte de yaguaza. Émulos fraternos en la intención de llevar hacia delante a todo un pueblo, así, a burujón puñao. Ya Moisés lo había hecho, y hasta le salió bien. Pero tirarse a la bartola contra el futuro, sin ver si hay un hueco delante, es mucho más peligroso.

En esa época se hablaba del Gran Timonel. El Timonel se escurrió por una curva y apareció Timofei. Fue un timo. Timoratos nosotros, perdimos la pista de aquel tigre. Hasta hubo uno de buena voluntad que llenó el *ten cent* de figuritas de porcelana y jade. No te jode. Y de unos budas que se daban un aire a Bola de Nieve en posición fecal. Se habían cerrado por reformas los trenes de lavado. Los tiburones volvieron a lucir las flamantes aletas que antes aleteaban en la sopa. La carretilla con chino frutal se esfumó. Pero ya teníamos el haikú clavado entre pecho y espalda.

Y ahora, de *fly* por el *center*, cae de pie nuevamente un chino repartiendo televisores. Tras haber dejado de decirle *la china* a la varicela, vuelven las ronchas al campo corto. Tras olvidar Cantón, reaparece Fu Man Chú, llenando el aire de incienso, el inciensato, y hasta con poemita primaveral bajo el sobaco. Regresa el quimbombó que resbala, cuando ya la yuca no sirve ni para casabe, y Pedrito Rico goza la papeleta entonando de repente otra vez su perrita pekinesa. ¿O será que hemos quedado tan atrapados por la antropología, al borde de la antropofagia en este antro, que regresamos al Hombre de Pekín, el *australopitecus kunfúsicus*? ¿Habrá un antro y un después?

Ahora que la yuca va a tener quimbombó, ahora que la caña se convirtió en cañona, ahora que vuelve el arroz rroz mi niño, ¿qué va a pasar, paciente Chan? ¿Qué chándrome nos mandarinarizará? ¿El mandón se convertirá en mandarín? ¿La cosa anda tan mala que hay que tener los ojos arrugaos? ¿Qué tipo de Chang Pú nos caerá en la cabeza? ¿De Chang Pola?

Porque si antes la cosa era de jade, este chino actual viene de joda.

Lo que primero me viene a la chopa es un disparate agrícola. El arroz se siembra en zona pantanosa, fungosa, en tierra de chun chún, ensopada, enchumbada. ¿Toca sembrar arroz porque tenemos el agua al cuello? ¿Tan graves vamos que solo nos salva el médico chino? Había que haberlo imaginado cuando el Alka Seltzer se transformó en guisazo de caballo.

Quiero que me le sigas la pista a ese galgo. Dime por dónde vienen los chuchazos, qué taichí raro se va a bailar a partir de ahora que le cayó soya al piano. ¿Se construirá el soyalismo? Para mí que *este muchacho* ha absorbido un denso humo asiático y ha cambiado su nombre: ahora es el legendario Ta Fu Mao.

Recuerdo el cuento del narra que descubrió la porcelana: después de experimentar hasta con caca, se dio cuenta de que lo que necesitaba su caolín para transformarse era más candela. Y comenzó a echar en el horno su ropa, las sábanas, el escaparate, los sillones, la cama. Lo abandonaron la mujer y los hijos. Y el tipo firme ahí, pegado al horno, combatiente. Lo dejaron los amigos y los vecinos. Y el tipo insomne ahí. Por poco se mete él en la brasa. ¿Y

todo para qué? Para fabricar un puñetero inodoro. Esa metáfora me asusta, Chan. No sabes cómo tiemblo, Li. Es del carajo, Pó.

Me imagino el próximo desfile en la Plaza: Junto a la carroza del MINAZ, donde los compañeritos de Tropas Especiales hacen el papel de bambolean-tes cañas y los compañeritos del EJT representan los canutos de arroz, baila un Gran Dragón con la comparsa del Cocuyé. Una Brigada de Respuesta Rápida canta *La china en la rumba*, del Trío Matamoros, con asesoramiento de la Ópera de Pekín. En la tribuna, el Gran Khan saluda a la multitud, rodeado de inspectores de tráfico vestidos de amarillo y una representación de los sobrevivientes más destacados de la calle Zanja agitan, en sus viejas manos, laticas de mentol. El capitán del restaurante Yang Tsé lee el compromiso nacional para la recogida de la ciruela y promete ponerles, a los rezagados, una manchuria en el expediente. En lo alto de la carroza del MINCIN, que representa un inmenso televisor, una pionerita desgañitada recita dulcemente estos versos desde una flor de loto:

Flol amalilla  
flol cololá,  
ahola tengo alante  
al chino de atlá.

Y en el clímax de esa confución de Confucio, unos alegres monjes de Chao Lín le dan leña al pueblo.

Averíguame bien. Resuelve tú este caso. Deduce y reduce. Para mí que la Panda está borracha.

Ideológicamente hepático y encomendado a San Fan Cón,

RAMÓN